

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Alberto Espezel</i>	3	Editorial. "Muerte y morir"
<i>Lucio Florio</i>	5	Complejidad y singularidad del morir
<i>Holger Zaborowski</i>	15	Creador y don del presente. Observaciones filosóficas sobre el morir y la muerte
<i>Jan-Heiner Tück</i>	25	Irrupción de la verdad en el umbral de la Muerte. Sobre la muerte de Iván Iliich, de León N. Tolstoi
<i>Silvia Anselmino</i>	35	La muerte: despojamiento y posibilidad
<i>Isabel Pincemin</i>	41	Aprender a morir. Nuevas respuestas frente a la medicalización de la muerte
<i>Rafael Cúnsulo</i>	49	Nuevos discursos sobre la muerte
<i>David Jou</i>	61	Confidencias de Dolly, oveja clónica
<i>Mauricio Beuchot</i>	63	Una hermenéutica analógico-icónica para la exégesis bíblica
<i>Edward J. Alam</i>	73	La nueva Metafísica y la vida del mundo venidero: La Teología Cristiana de la Deificación con referencias al pensamiento de Fernando Rielo

La muerte: despojamiento y posibilidad

*Silvia Anselmino**

Este trabajo quiere mostrar cómo en la enfermedad y en la cercanía a la muerte se revela algo del misterio del hombre, muchas notas constitutivas de la naturaleza humana se hacen patentes en la situación de enfermedad y por esto ella puede convertirse en un camino de conocimiento de lo que el hombre realmente es.

La enfermedad y la muerte como despojamiento

La enfermedad y la muerte le plantean al hombre sucesivas pérdidas en las cuales se ve progresivamente despojado, en un primer momento, de cosas que no le son esenciales, y en la cercanía del final, de otras que forman parte de su naturaleza. En esta situación la propia unidad parece desintegrarse y el sujeto vive una experiencia de fragmentación. Mencionaremos solamente algunas de las pérdidas a las que es sometido el hombre.

La proximidad a la muerte le ocasiona al hombre una pérdida de autonomía, nos referimos aquí a la autonomía en sentido extrínseco, ya que, la que el hombre tiene en cuanto persona no se pierde nunca, a

* Profesora y Licenciada en Filosofía por la UCA, con una tesis sobre fundamentos filosóficos de los cuidados paliativos. Asimismo, ha cursado un seminario de especialización en Bioética FLACSO. Es miembro del Comité de Ética del Hospital Materno-Infantil de San Isidro y voluntaria del Hospital Larcade de San Miguel. Silvia Anselmino está casada y es madre de cinco hijos.

La muerte: despojamiento y posibilidad

menos que él mismo la entregue, hay una disminución de la autonomía en cuanto a la situación de vulnerabilidad que surge o a la incapacidad para gobernar el propio cuerpo y llevar adelante el propio proyecto de vida. Sin embargo, de manera paradójica, en esta situación el hombre perdiendo autonomía gana libertad, la incapacidad en el gobierno del cuerpo pareciera suscitar una gran capacidad en el uso de la libertad.

Hay también lo que podríamos llamar una pérdida de la postura, de la capacidad de estar erguido como cualidad humana: "perder la postura significa lo mismo que la pérdida de los límites, que la pérdida de la seguridad y de la confianza en el mundo y en los otros".¹ El hombre acostado, tendido en una cama, no transita el mundo, no traza su rumbo en él sino que pasivamente, y a merced de los otros en algún sentido, deja transcurrir los acontecimientos. La diferencia que se abre entre estar de pie encontrándose con la mirada de los otros y estar acostado recibiendo desde arriba la mirada, es la diferencia que se abre entre el mundo de la salud y de la enfermedad.

El hombre es despojado también del lugar que habita, el habitar pareciera ser algo necesario para el hombre. Hasta qué punto se necesita de ello se muestra cuando el paciente es arrancado por la enfermedad de su lugar de habitar, de su casa, de su morada.

El hecho de la habitación habla, a nuestro parecer, de dos aspectos del hombre, uno que hace referencia al hombre en sí mismo y otro al hombre en relación con lo otro, de los dos el hombre es despojado por la enfermedad y la muerte

En primer lugar el hombre vive en el mundo, trata de hacerlo su casa de apropiárselo, habitarlo, hacerlo suyo; a su vez dentro del mundo construye su propia casa, y así distingue lo exterior de lo interior, lo ajeno de lo propio, lo extraño de lo familiar, lo público de lo privado. Dentro de la casa cuartos protegidos y separados del resto por paredes, lugares de intimidad. Se va cerrando cada vez más el espacio y se va desde el afuera hacia el interior.

Hay una necesidad de intimidad que se ve violentada cuando el enfermo se ve alejado de su casa y se encuentra en un lugar extraño. Ha sido despojado de esas cosas que son suyas, que están cargadas de significación y que permiten su intimidad, estar como en casa... es muy difícil experimentar esto en una sala de hospital donde a menudo se debe exponer el propio cuerpo a investigaciones y estudios que pueden resultar hostiles y dolorosos.

A su vez, el cuerpo a través del cual el hombre se expresa y con el cual es y existe en el mundo se va convirtiendo más en obstáculo que

¹ Ballbé Raúl, *Vida Tiempo, Libertad*. Barcelona, Lumen, 2001. 160.

en instrumento. El cuerpo que a la vez esconde el alma y la revela, constituye para el hombre de alguna manera un lugar de habitar, perdiendo este equilibrio se encuentra reducido, limitado en una parte esencial; aunque su centro más profundo no sea corporal la persona se manifiesta en su ser concreto a través del cuerpo.

En segundo lugar, el habitar también habla, a nuestro parecer, de una dimensión del hombre en relación a lo otro. Habitar no es simplemente vivir en un lugar, o tener un lugar donde parar, no habitamos un hotel, un lugar de paso. Decimos de un lugar que es habitable cuando ofrece posibilidades de quedarse, de estar, de morar, cuando podemos hacerlo propio y cargarlo así de significado.

Una casa es morada, es habitación, no sólo cuando permite el recogimiento y resguarda nuestra intimidad, sino también cuando hemos vivido en ella y cuando está impregnada de nuestra historia y de nuestros vínculos, la vinculación a las personas y a las cosas hace a nuestro entorno habitable, le da sentido de morada. De modo que la casa, la morada nos expresa y a la vez nos acoge. Cuando el hombre enferma, está en un lugar desconocido, donde nada remite a algo propio, donde nada es vinculante, paredes blancas, asepsia, espacios vacíos. Es notable ver en algunas salas, sobre todo de mujeres, el intento de cargar de significado las cosas: algunas flores en la mesa de luz, fotos de seres queridos, libros, etc.

Los vínculos que dan sentido a nuestra casa y a nuestra vida se añoran y el hombre se ve despojado de ellos por la enfermedad.

"Los jueces de una ciudad condenaron una vez a una joven que había cometido un crimen... y, simplemente, ordenaron que se la atara a un poste en el desierto... Prisionera de esa noche sin fronteras, invocaba la lámpara de la tarde en la casa, y la habitación que la hubiera reunido, y la puerta que se habría cerrado firmemente tras ella. Ofrecida al universo entero que no mostraba un rostro, llamaba al niño que uno besa antes de dormir y que resume el mundo. Sometida en la meseta desierta al paisaje de lo desconocido, cantaba el paso del esposo que sueña por la tarde en el umbral y que uno reconoce y que reconforta. Expuesta a la inmensidad, y no teniendo nada más que asir, suplicaba que se le devolvieran los únicos diques que le permiten existir, ese paquete de lana que hay que cardar, la escudilla que hay que lavar, ésa sola, ese niño que hay que hacer dormir y no otro. Clamaba por la eternidad de la casa, cubierta con todo el pueblo por la misma plegaria de la tarde".²

La enfermedad aísla, incomunica, diferencia, separa y produce una vivencia subjetiva de catástrofe.

² SAINT EXÚPERY, A. *La Ciudadela*, Buenos Aires, Goncourt, 1966, 15.

La muerte: despojamiento y posibilidad

"La cadena de significados de la palabra cáncer se desplaza por una semántica del dolor, invasión, agresión, ataque sorpresivo, invalidez, deterioro, mal, muerte, destrucción estética, dejar de ser deseado o querido entre otros (...). Lo inesperado, esa cercanía del peligro se ha hecho un lugar en la propia carne".³

Aquello tan temido, la muerte con todos sus posibles rostros, está presente y el hombre despojado añora el mundo perdido.

La enfermedad y la muerte como encuentro del hombre consigo mismo

Alejado de su entorno familiar, de su rol social y profesional, de su lugar de habitar, dependiendo de otros y viendo amenazada su unidad físico-espiritual, el hombre ha quedado despojado de aquellos canales que le permitían vivir en el mundo y se encuentra ahora a solas y desnudo frente a sí mismo. Sin embargo, la misma circunstancia que despoja suscita, por otra parte, un encuentro del hombre consigo mismo y con su propia realidad, ya que esta situación extrema resalta rasgos constitutivos de la naturaleza humana que no se pierden, como el deseo de eternidad de todo corazón, la enorme floración de libertad que surge ante la muerte así como la necesidad de apertura al otro.

La proximidad a la muerte pone al hombre de cara a su deseo de felicidad, surge un contraste muy intenso entre este anhelo y la decadencia física. La enfermedad lleva a una situación que contraría la necesidad de unidad, de integridad, de comunión con el otro, y hasta podría decirse de eternidad.

Siempre es doloroso para el hombre el momento del final histórico, del final en el tiempo de su existencia, si bien todo moribundo quiere poner fin a sus sufrimientos y a las limitaciones de su vida, ninguno deja de amar la vida misma. El cuerpo arrasado del enfermo hace patente la nostalgia de plenitud, de plenitud de vida, de plenitud de vínculos, hay un deseo de que no llegue nunca la separación definitiva. La muerte entonces aparece como una violencia a nuestra naturaleza, la nostalgia se hace más fuerte ante la inminencia del final.

"En la muerte del hombre, como ya hemos visto, tiene lugar una destrucción, una explosión, algo violento y catastrófico; pues en ella quedan

³ ALIZADE, ALCIRA, *Reflexiones sobre el cáncer*. [3www.actualidadpsi.cl/numeros_chileNew.htm](http://www.actualidadpsi.cl/numeros_chileNew.htm)

separadas dos cosas que por naturaleza y por creación tenían que estar unidas. Evidentemente, un fenómeno de este tipo quiere decir que, al menos visto desde el hombre, en la muerte sucede algo así como un corte absurdo, algo que va en contra de todas las tendencias del ser humano y en especial las de su conciencia (...).⁴ "Lo que aquí se contiene es la exteriorización de un positivo convencimiento de que en la muerte del hombre tiene lugar algo esencialmente impropio, indebido, algo que no es posible que se haya pensado y planeado para ese final."⁵

La muerte significa un corte violento al deseo humano de plenitud y permanencia, ella marca el final en el tiempo de un sujeto que desea trascender el tiempo, el derrumbe del cuerpo pone al hombre de frente a su deseo de felicidad.

Sin embargo, creemos que existe la posibilidad de encontrar un sentido a esta situación que puede parecer un "sin sentido", es el momento de tomar últimas decisiones, de recomponer relaciones y sobre todo de entregar la propia vida en un último acto, dando un sí libre a esta situación no querida.

Vemos en la enfermedad y la muerte el momento de la última dignidad, el último llamado a ejercer la libertad entregando con radicalidad todo lo que se es. Entre las notas que se muestran cuando el hombre está enfermo creemos que la libertad es una de las que más resalta, podría decirse que es casi una exigencia de la situación. Si bien la muerte se impone y no puede evitarse, también se impone el tener que morir la propia muerte, el hombre no puede escaparse del hecho de ser agente de su propia muerte, a la vez que padecerla.

"<El hombre tiene que morir libremente la muerte. No puede siquiera evitar esta muerte que se le impone como obra de su libertad>. <La muerte provoca la libertad>".⁶ "Siempre nos encontramos con que es esa confrontación forzada con la muerte, lo que abre un ámbito interior de libertad que de pronto, al llegar ese momento se ensancha sin límites."⁷ "(...) Sin embargo sigue siendo verdad, que la situación de extrema gravedad contiene en sí por lo menos la invitación, y con ello la posibilidad, de dar con toda libertad el último paso sobre un camino, de cuyo final recibe su sentido, de una vez para siempre, todo el trecho del caminar que se extingue.

Cualquiera que ocultare o callare estos dos elementos que integran el

⁴ PIEPER, J., *Muerte e Inmortalidad*, Barcelona, Herder, 1977, 73.

⁵ *Ibid.*, 92.

⁶ *Ibid.*, 144.

⁷ *Ibid.*, 145.

La muerte: despojamiento y posibilidad

trance de la muerte humana, el hecho de ser violentado y la experiencia de la libertad, falsificaría la verdad."⁸

Este hombre que se descubre invitado a entregar libremente su ser, puede ante lo desconocido sentirse solo, pero aspira a no ser abandonado por todos y necesita imperiosamente de los demás. El hombre tiene una esencial apertura al otro que se manifiesta también en la cercanía a la muerte y que podemos resumir en las palabras de Jesús antes de morir: "Velad conmigo".

Conclusión

Hemos visto que la enfermedad se plantea como un sucesivo despojamiento donde el hombre va perdiendo algunas cosas que son le son esenciales y finalmente se encuentra a solas y desnudo frente a si mismo. La cercanía de la muerte puede convertirse en un camino de conocimiento de la propia naturaleza, de su grandeza y de sus límites. De alguna manera que no llegamos a explicar totalmente, la cercanía de la muerte ofrece al hombre la posibilidad de vislumbrar algo de la hondura de su realidad. "El hombre en su sufrimiento es un misterio intangible."⁹

⁸ *Ibid.*, 146 ss.

⁹ JUAN PABLO II, *Salvifici Doloris*, 4.